

LA CANCIÓN DEL POBRE JUDAS*

Mario Carrasco Teja**

Noticia del autor, por Joaquín M. Martínez¹

José María Raccorta fue el seudónimo con que Félix Garmendia (Querétaro, 1897-Piamonte, 1944) firmó sus escritos. Lo único seguro sobre él es que su obra no había conocido el privilegio de la imprenta en México; nunca regresó al país ni, hasta donde se sabe, volvió a pisar tierras castellanas, pero compuso la totalidad de la misma en su lengua natal. El resto de su biografía son meras especulaciones, retazos de tragedia salpicados en las historias sin rostro que narraron los corridos de la Revolución y que se despeñan de las cumbres de los Peninos italianos, en el nadir de la Segunda Guerra Mundial.

Acosado por la leva y el asesinato de sus padres, Garmendia huyó a Tampico en 1912. Allí consiguió embarcarse y dos meses después llegó a Bristol. Su rumbo nos es incierto hasta 1916, cuando reapareció en Milán convertido en un joven literato allegado a la vanguardia italiana. A esa época corresponde *La industrialización de las margaritas*, una serie de sonetos, ahora perdidos, dedicados a Marinetti y a los cuales éste desacreditó porque, al parecer, eran un intento por conciliar el movimiento que encabezaba —para entonces en franca decadencia— con las estructuras clásicas de la poesía. Como resultado, el mexicano volvió la mirada hacia sí mismo. No obstante, gracias a su amistad indisoluble con Alexei Zanaievich, escritor ruso en el exilio que, junto con Maiakovski y Malevich, fue un entusiasta seguidor del futurismo, Garmendia se mantuvo al tanto de la infinitud de resonancias que éste propagó en distintas latitudes, desde la arritmia dadaísta del Cabaret Voltaire, en Zurich, hasta los alaridos estridentistas del Café de Nadie, en la ciudad de México.

Para los años veinte y la primera mitad de los treinta es posible seguirle fragmentariamente la pista por su correspondencia con

Zanaievich. Desde Italia, partió de nueva cuenta hacia las islas británicas y se estableció en Edimburgo. El vasto influjo de las *Highlands* lo llevó a escribir, alejado del engranaje cosmopolita, la dilogía teatral *El hombre que amó a la mujer acróbata y asesinó a un relojero* (ca. 1925), obra pesimista sobre el devenir del hombre que Zanaievich estrenó en el teatro Piccolo de Milán (1948) con muy poca fortuna.

No hay noticias respecto a cuándo abandonó Escocia ni qué otras geografías recorrió, apenas que en 1935 se encontraba en Dresde. Horrorizado por el fulgor nacionalsocialista, tres años después regresó a Milán, donde la situación tampoco era alentadora, y se estableció en casa del ruso. Los camisas negras, los exabruptos de "orgullo ario" fueron la inspiración para una miscelánea de cuentos, ensayos y poemas, intitulada con el nombre premonitorio de *Trazos finales* (1944). De ahí se desprende *Den armen Judas singen* —"La canción del pobre Judas", por un viejo proverbio alemán—, una suerte de despedida en la que Raccorta, es decir, Garmendia, extendió su desencanto, la conflagración entera, hasta los albores de los años cincuenta y padeció en carne propia con un antihomenaje a Werther, el ilustre suicida, quizá porque cifró en la muerte voluntaria un final menos terrible que el deparado por el laberinto de la guerra, del cual no vislumbró la salida.

Félix Garmendia desapareció en diciembre de 1944, cerca del monte Rosa, cuando él y un grupo de partisanos intentaban cruzar la frontera entre Suiza e Italia, perseguidos por las huestes fascistas.

Ciudad de México, diciembre de 1985

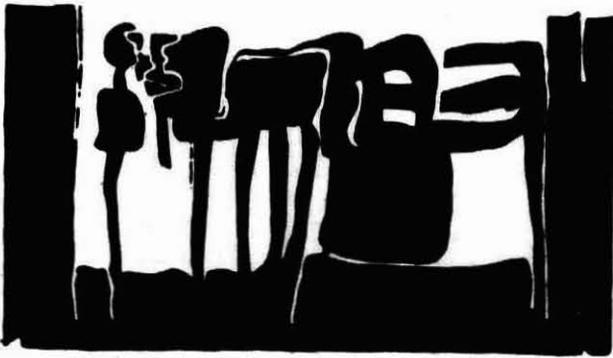
Den armen Judas singen

Una noche, entre tantas noches, departía con la muerte entre delirios de borracho y los cantos de sirenas que anunciaban una lluvia providencial. A diez años del primer relámpago, de fervores nacionalistas, de terror ubicuo, el mañana era granizo rojo; el presente, las facies blanquecinas de los transeúntes sin fortuna: la vida, un segundo congelado en los chirridos del gatillo.² Julia yacía a mi lado, ausente. Tenía días sin moverse, el cuerpo ocupado por el compás de la gangrena. Una granada la alcanzó en la plaza

Borromeo, a escasos metros de nuestro apartamento. Su piel eran faroles moribundos que me impulsaban a procurarles con la almohada el descanso definitivo y a apagarlos con ella. Temía, no obstante, que me faltara coraje en el último momento. Prefería aventurarme en las calles, ebrio, para descifrar el vuelo de los bombarderos o espiar a los fascistas en sus rondos de tortura. De regreso en casa, abría la puerta del dormitorio y aguzaba el oído hasta saciarme de su persistencia. Luego me sentaba a la mesa y regresaba a la bebida.

* Ganador del XXX CONCURSO LATINOAMERICANO DE CUENTO "Edmundo Valadés", convocado por el gobierno del estado de Puebla, a través de la secretaria de Cultura. El jurado estuvo formado por Daniel Sada, Eraclio Zepeda y Guillermo Samperio. Tomado de E. Harris et al., *Relatos intransigentes*, México, Ediciones Trashumantes, 1986, págs. 121-129, con el permiso del editor.

** Escritor. Becario del Centro Mexicano de Escritores y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes



Aquella madrugada, pues, salí para aspirar el vaho, la pólvora de la ciudad. Un hombre estaba apoyado en el muro del edificio. Ostentaba con orgullo el uniforme, que lo asemejaba a un negruzco elefante.³ Al pasar junto a él, me miró sin emoción e inclinó la cabeza. Sin responder al saludo, crucé la plaza. Descubrí que me seguía cuando se internó detrás de mí por San Maurilio. Una manzana adelante me alcanzó y barritó en mi oído:

—Acompáñeme.

No necesitó mostrarme su arma para que lo obedeciera. Me llevó a una callejuela. Habló con sorna:

—Lo he observado, Raccorta. No debería salir así, tan cam-pante. Dígame, ¿ya no espera nada de la vida?

—Por el momento, que ésta sea capaz de prodigarme un trago —respondí, mientras lo apartaba de mi camino.

—Atiéndame y lo tendrá —dijo gravemente, retenién-dome del brazo.

Pensé que me propondría un pacto vergonzoso, el cual podría olvidar con el licor del intercambio.

—No soy lo que usted cree —prosiguió—. El atuendo es para pasar inadvertido. Así no molestan, aunque siempre es útil contar con amigos entre ellos.

Sus palabras completaron aquel cuadro mefistofélico, de irracionalidad:⁴

—Esto ya se volcó contra nosotros mismos. Muchos ya perdieron la esperanza y sólo desean morir, pero temen al dolor. Yo dirijo un grupo que los asiste para proporcionarles un final tranquilo. Mire a su mujer...

Me abrí paso con brusquedad y regresé apuradamente a casa. No sé qué esperaba encontrar, pero me tranquilizó descubrir que todo seguía igual. A los pocos minutos tocaron a la puerta. Sabía que era él. Sin embargo, abrí.

—Discúlpeme —dijo, agitado, mientras forcejeaba para

introducirse en el apartamento—, no quise ofenderlo. Estoy cansado. Por favor.

Finalmente, lo dejé entrar. Una vez que se hubo recuperado, continuó:

—Sé lo que siente. He visto cómo se pasea por las calles —tras una pausa, se dejó de rodeos y propuso—: Necesito su ayuda. Estoy harto de esto. Deseo morir, pero antes debo encontrar un sucesor, y para ello he pensado en usted. No quiero que muera, también, una de las empresas más nobles de la guerra. Es cuestión de sufrir en pos de aminorar el padecimiento de los demás.

—Ignoro la utilidad que yo...

—Me parece que tiene el temple para soportar lo que le venga. Sólo necesita someterse a algunas pruebas. Ya irá entendiendo nuestros mecanismos sobre la marcha. En compensación, los beneficios serán inigualables: todo el olvido que sea capaz de resistir. ¿Qué responde?

Me extendió una botella. Acepté el trabajo. Antes de despedirse, me dio las señas del lugar donde comenzaría mi preparación.

Era el mediodía. Caminé por Cordusio hasta la plaza. A lo lejos, la torre del Filarete se erguía, impasible, como si el espíritu nonato de Sforzinda la protegiera del colapso.⁵ Busqué el edificio indicado por mi mentor y me dirigí hacia allá. Tres hombres vestidos de negro —cual sabios, cual nigromantes, cual padrinos de un duelo—, a los que creí enviados por aquél, me esperaban. Lejos de convidarme con más obsequios fermentados, uno de ellos me tomó del brazo con violencia, mientras sus compañeros detenían a otros transeúntes, y me pidió mis papeles; aunque estaban en orden, me llevó con los demás: sumá-bamos trece. Pese a nuestras protestas, nos alinearon contra la pared y apuntaron hacia nosotros. Antes de disparar, uno de ellos me guiñó el ojo. Yo aún no comprendía. Entonces escuché las descargas a mi lado. Los otros doce cayeron. Uno de los asesinos se acercó a los cuerpos para darles el tiro de gracia. Antes de huir, me entregó un ejemplar de *Die Leiden des jungen Werthers*.

Nadie me detuvo. Volví a casa con el libro bajo el brazo.⁶ Tenía subrayado el año de edición: 1939. Abrí la puerta del apartamento. El paquidermo me esperaba, sentado a la mesa, sonriente. Me abalancé contra él, pero me detuve al observar que me apuntaba con un arma.

—Usted me tendió una trampa —dije, furioso.

—¿Qué esperaba? —replicó, agitando el revólver—.

Le advertí que no se trataba de cualquier cosa.

—No es eso —contesté—, pero debió avisarme. Uno se podrá imaginar lo peor, pero no así, no con conejillos de indias.

—Y viene lo mejor, ¿eh? No se preocupe: el proceso sólo consta de tres pruebas. Superó la primera. Con esto le bastará para contemplar lo que sigue —abrió una bolsa y depositó sobre la mesa cuatro, cinco, seis botellas de licores variados—. Verá que cada vez le resulta más sencillo. Cualquier duda, estoy a su disposición.

Salió del apartamento tras haberme convertido en cómplice de un primer asesinato. Vislumbraba las siguientes pruebas. No me creí capaz de soportarlas.

Me acuartelé. El remordimiento me obligaba a recrear mentalmente el crimen, como si la repetición pudiera traducirse en expiación. Al tercer día me sentí desesperado. Salí, armado con dos botellas. Raro, pero en las calles me sentía seguro. Por las palabras de aquél, resultaba improbable que se repitiera una situación idéntica a la anterior. Regresé completamente borracho. Nunca imaginé que la siguiente prueba me esperaba en mi propio apartamento. Abrí la puerta del dormitorio y encontré despierta a Julia. Bajé los ojos, avergonzado.

—Así que sigues vivo —musitó.

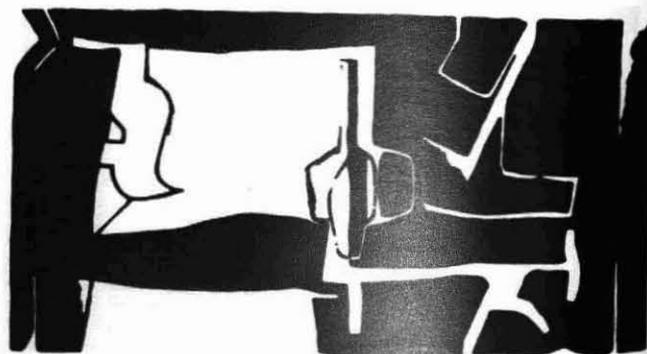
—Eso intento —dije, y me senté a su lado.

—No es gracioso, José María —se le humedecieron los ojos—. ¿Crees que no me duele saber que estarás peor sin mí? —el llanto comenzó a fluirle libremente.

La abracé. No me apartó. Comenzaba a besarla cuando escuché el portazo. Era mi mentor, acompañado de dos hombres. Uno de ellos me sujetó de los brazos. Nunca podré olvidar lo que me dijo Julia con los ojos antes de que la degollaran. Me obligaron a mantener la mirada fija en la sangre que escapaba de su garganta hasta que murió. Cuando todo terminó, me sacaron de la habitación. El paquidermo extrajo una granada de su bolsillo, le quitó el seguro y la arrojó a un rincón del dormitorio. Luego corrió hacia las escaleras, seguido por sus hombres. Instintivamente, salí detrás de ellos. Abandonamos el edificio apenas para ponernos a salvo de la explosión a nuestras espaldas. Entre la confusión, nos resultó sencillo alejarnos de ahí. Al llegar a un lugar seguro, me entregó el segundo libro. Estaba abierto en la fecha de edición: 1944. Quise estrangularlo, pero sus sicarios lo impidieron.

—¿Qué pasa con usted, Raccorta?

—Renuncio —grité, desafortunado.



—No sea tan sentimental. De cualquier manera, ella iba a morir, ¿no?, y entretanto, sólo sufría. Además, su renuncia ya no es válida. Mejor que lo asuma por las buenas.

—Y ¿sí no?

Por toda respuesta, me palmeó la espalda y se alejó.

Acababan de escupirme la segunda prueba. No pude limpiarme.

Estaba claro que no podía esconderme. Se había hecho de noche. Y qué noche. Era la última vez que podría administrar el tiempo, mi tiempo, antes de convertirme en la cabeza de aquel grupo de asesinos. Concluí que la mejor despedida consistiría en entregarme a mis costumbres más elementales, dejarme dominar por mis instintos, beber hasta que de mi delirio emergiera el ser lascivo y cruel que exigía mi nueva condición.

Sin proponérmelo, yo mismo formulé la tercera prueba.

Llevaba un rato caminando cuando se me emparejó. Supe de inmediato quién era. Nos acompañábamos sin cruzar palabras. Parecía dispuesta a seguirme el juego el tiempo que fuera necesario. Rompí las hebras que me servían de asidero:

—¿Adónde vamos?

Empecé a notar algo ajeno en mis palabras. No me atrevía a preguntar su nombre; quería gritar el mío, aullar un réquiem por José María Raccorta.

—¿Qué esperas? —la reté, olvidando mi pretensión de ser amigable.

—Charlotte —dijo, y dejó la mano extendida.

—Raccorta —alargué el brazo para corresponder a su saludo; le apreté la mano con fuerza—. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —Charlotte se liberó con una facilidad admirable.

—Estás aquí para algo.

—No te atormentes. Toma —me extendió una botella—. Esto servirá.

—Te agradezco... —yo lo había interpretado como un acto humanitario.

—No me agradezcas. Sólo haré lo que tú me pidas.

Nos internamos en el refectorio de una vieja iglesia. Elegimos un rincón, amparados por muros y sangre consagrados con traiciones.⁷

Recuerdo, como algo imaginario, lo que sucedió antes de perder la conciencia:

Bebía sin saciarme... besaba a Charlotte... la arañaba... le descubría los senos... me bajaba el pantalón... ella se inclinaba... introducía el pene en su boca... me mordía... me cimbraba... la golpeaba... unas manos, surgidas de las sombras, de la pared, me sujetaban... trataba de soltarme... los dientes... mis golpes... la furia... las manos... el cáliz... la luz... el Werthers... 1949... el jalón...⁸

Desperté aquí, en ninguna parte, vendado desde el bajo vientre hasta medio muslo, emasculado hasta los nervios, rodeado por los ejecutantes de las tres pruebas. Su mira-

da era deferente. Charlotte me entregó una carta. En cuanto se retiraron, leí:

Saludos, mi pobre Judas:

Nada te impedía delatarnos, y no lo hiciste. Al final, te sentirás tan cansado como yo. No tomes esto como una venganza a ciegas. Te he convertido en un símbolo, en una deidad. La gente seguirá muriendo: sufre tú por ellos. Después, muere tranquilamente. Olvidé mi nombre. Te convendría hacer lo mismo.

La guerra evoluciona y no he podido olvidar. Tardé poco en adaptarme. Me convertí en un elefante, en traidor y redentor. Aprendí a atender a los necesitados, a proporcionarles el alivio que pedían. Como una sogá atada al cuello, siento más asfixia que consuelo. Si alguien me recuerda, acaso lo haga para odiarme; si alguien me pregunta, le diré que yo también estoy cansado.⁹

1 Noticia y notas por Joaquín M. Martínez, llamado *Matemático* (1937-1986), autodidacta, viajero, lector, escritor. Su suerte fue análoga a la de Garmendia, pues naufragó junto con su hija frente a la costa del Golfo, en el norte de Veracruz.

2 El alcohol abre la puerta para interpretar el cuento, por lo menos, de dos maneras: la fase terminal de un dipsómano o un relato hiperbólico sobre la guerra. Además, aunque fuera de lugar, es clara la referencia a los *kamikaze*, "tempestad providencial", así como a la "guerra relámpago" o *blitzkrieg*.

3 Una guía para el lector es el sentido de la analogía entre el camisa negra y este paquidermo, del que en el *Bestiario Latino* [Biblioteca Universitaria de Cambridge (siglo xii). Traducción de I. Malaxecheverría] se asienta lo siguiente: "Existe un animal llamado elefante, que carece de deseo de copular". Y más adelante: "Cuando llega el elefante grande, es decir, la Ley mosaica, y no consigue levantar al caído, sucede lo mismo que cuando el fariseo fracasó con el hombre que cayó entre ladrones. Tampoco pudieron levantarlo los doce elefantes, del mismo modo que el levita no levantó al hombre mencionado. Esto significa que Nuestro Señor Jesucristo, aunque era el más grande, se convirtió en el más insignificante de todos los elefantes. Se humilló y mostró su obediencia incluso hasta la muerte, con el fin de levantar a los hombres".

4 La posibilidad de un encuentro con una entidad sobrenatural sugiere una nueva explicación, ahora fantástica, para la visión de la guerra, de por sí nebulosa, que tiene el narrador.

5 En el siglo xv, Antonio Averulino, *Filarete*, proyectó una ciudad utópica —como el autor proyecta un Milán utópico— en su *Trattato della architettura* [I. Castino, *Immaginario mondano*, 1875].

6 Parece inverosímil que Raccorta regrese a su casa sin mayores problemas. Empero, esta situación refuerza la idea de una conflagración desbordada o, bien, de que se encuentra protegido por alguna naturaleza de otro mundo.

7 Debe de referirse al *Cenacolo Vinciano*, ubicado en el refectorio de los dominicos, en Santa María de las Gracias.

8 Las tres fechas corresponden al inicio de la guerra (valga la obviedad) y a los años en que Garmendia escribió y situó la narración.

9 El final no sólo se traduce en la agonía del personaje, sino en una premonición que rebasa la esfera del cuento para convertirse en una bitácora, un testamento del escritor: quizá sin el instinto del suicida ni las ataduras del vino, Félix Garmendia desapareció poco tiempo después en las circunstancias ya mencionadas.